

¿La casualidad, coincidencia o cita divina?

Por Kenneth D. Macharg

Servicio de Noticias de LAM

Inkawasi, Perú (LAMNS)- No existe la casualidad, la suerte es una palabra de cinco letras, y la casualidad, la suerte, y la coincidencia o el azar no son conceptos bíblicos. Para los creyentes, Dios está en control de las circunstancias, tiempos y la convergencia entre nuestra voluntad y lo que Dios necesita.

Como ejemplo, les cuento sobre la reunión que tuve con Hendrk y Ronel Groenewald, misioneros sudafricanos que viven en una remota región montañosa del Perú.

Mi esposa Polly y yo fuimos compañeros de clase con ellos en el Instituto de Lenguas de Costa Rica hace trece años atrás. Poco después de graduarnos, Hendrik escribió para decir que tenía la posibilidad de involucrarse en el ministerio radial con los indios quechuas en el norte de Perú, pero que necesitaba que le aconsejara en cómo hacerlo.

De hecho, su carta, además de contactos que obtuve el mismo año de tres compañeros de clase, fue lo que primero me dio la idea de escribir “La Proclamación del Evangelio, Pautas para programadores locales de radios cristianas alrededor del mundo”, libro que ha sido publicado en inglés y español, acerca de cómo hacer programas radiales cristianas de calidad.

Estuve en Perú a principios de julio para visitar a misioneros de la Misión Latinoamericana (LAM) en la región y para informarme acerca de cómo el Señor está obrando en sus ministerios. El primer día que estuve en la casa de huéspedes de los Traductores Bíblicos Wycliffe en Lima, me topé con Hendrik y Ronel, los cuales no había visto desde nuestros días de estudiantes en la escuela de lenguas.

En la primera media hora de conversación, él supo de mi libro y yo supe que hacía una semana que su gran sueño de abrir una estación radial se había hecho realidad. Nos maravillamos de la exactitud en el tiempo de los dos eventos. “¿Podrías extender tu visita al Perú y venir a Inkawasi a dar un taller sobre cómo hacer radiodifusión cristiana antes de que te vuelvas a Miami?”, me preguntó Hendrik.

Una semana después, volé a la ciudad costera norteña de Chiclayo, y de allí me uní a la familia Groenewald para un agotador viaje en auto de 60 millas, cuatro horas de viaje por una calle de tierra en precipicio para llegar al pueblo. Por todo el camino esquivamos piedras grandes y nos aproximábamos al precipicio lo más posible para dejar pasar a uno o dos camiones. Llegamos a la medianoche, a 9300 pies de altura, donde el pueblo con 500 personas residen en una de las laderas de la montaña.

Al día siguiente, visité la estación radial, una instalación muy sencilla y de baja potencia AM, la cual sirve al pueblo y a sus inmediaciones, llegando hasta casi 20,000 personas que hablan el dialecto quechua (el idioma de los incas). Amoblado con un panel de control sencillo, dos audiocasetas, un micrófono y quizás dos docenas de audiocasetes,

los cristianos locales ofrecen programas desde las tres de la mañana (la hora en que la mayoría de los granjeros quechuas se levantan), hasta las ocho o nueve de la noche.

Una breve caminata desde la estación radial hasta la escuela comunitaria en donde se iba a dar el taller, me dejó sin aliento debido a la altitud, pero no obstante, estaba listo para dar el taller. Rápidamente, veinte hombres llenaron la clase, dispuestos a aprender sobre cómo usar esta herramienta que Dios les había dado para alcanzar a su propio pueblo.

Planeaba comenzar el taller con una ilustración. Iba a encender mi pequeña radio para que escucharan a su propia estación por unos minutos. Moví el dial y no escuché nada. “¿Qué anda mal?”, les pregunté. “La estación está fuera del aire.” “Por supuesto”, me dijeron. “¡Todos los que trabajamos en la estación estamos aquí para el taller!”

Por las siguientes siete horas y media, hablamos acerca de la radio. Exploramos sobre lo que ellos veían como el propósito de la estación, discutimos sobre la clase de programas que pudieran presentar para servir a todas las necesidades de la comunidad, al mismo tiempo que proclamar el evangelio, hablamos sobre las técnicas de producción, demostré cómo se usa el micrófono, buscamos formas de publicitar y financiar la operación y consideramos cuál era la mejor manera de hacer un seguimiento de los oyentes.

Todos tenían preguntas para hacer. ¿Podría o debería una estación radial cristiana usar programas seculares? ¿Dónde podrían encontrar otros programas en quechua? ¿Cómo podrían presentar programas que estuvieran bien escritos y producidos? ¿Cómo podrían modificar a la antena para enviar una señal más potente en medio de las montañas?

Al final del día, pude sentir que estaban satisfechos y que habían recibido el conocimiento adecuado. Todavía quedaba mucho más por hablar, pero Dios había fortalecido su llamado a la radiodifusión comunitaria cristiana y los había bendecido en su ministerio.

Al despedirnos al otro día, Ronel, Hendrik y yo estuvimos de acuerdo que nuestra reunión en Lima, y el ministerio subsiguiente del taller no eran mera casualidad, azar o suerte. Como dijo Ronel, “Era una cita divina.”

Kenneth Macharg es un periodista misionero de la Misión Latinoamericana.

¿La casualidad, coincidencia o cita divina?, *LAM News Service, Aug 18, 2003*